

## CAPITULO IV.

## DEL BIEN Y DEL MAL SOCIAL.

**PREGUNTA.** Habiéndome manifestado que el mal, física y moralmente, puede desaparecer de la faz de la tierra por la religion Providencial, cumpliendo la humanidad con su alto destino, decidme algo acerca del bien y del mal social. En qué haceis consistir el bien social?

**RESPUESTA.** En la esacta armonía de las leyes y tendencias Providenciales del espíritu humano.

**P.** Pues qué la sociedad tiene tambien un destino Providencial qué cumplir?

**R.** Sí, ciertamente, y en la sociedad ese destino sublime es aún mas marcado, urgente y necesario que en el individuo.

**P.** Por qué es mas necesario y urgente en la sociedad?

**R.** Porque poseyendo el hombre individual su libre alvedrío, puede acatar ó despreciar su destino Providencial, pero en la sociedad deben equilibrarse las tendencias peculiares á los individuos y encaminarlas colectivamente hácia el bien Providencial, dando así origen á la justicia directiva, distributiva y remunerativa.

**P.** Y qué todas las sociedades son Providenciales?

**R.** Sí, todas lo son y lo han sido, porque aún entre las trébas bárbaras y nómadás hay siempre los rudimentos de una justicia y de un órden Providencial que protege, con mas ó ménos eficacia al débil y que refrena al atrevido.

**P.** Puede la sociedad menospreciar tambien ese destino?

**R.** Sí y entónces sobrevienen la corrupcion de los pueblos, el desenfreno de las pasiones, los crímenes, la destruccion, la guerra civil, el vértigo y desórden, en que la justicia enmudece ó se corrompe á su vez, se relajan los nudos de la sociedad y esta aparece como una nave incendiada en médio de una deshecha borrasca. Y he aqui el mal social en una de sus mas terribles faces, aunque puede ecsistir bajo ménos funestas circunstancias.

**P.** En qué haceis consistir el mal social?

**R.** En la relajacion ó el abandono de la Providencialidad colectiva de la humanidad.

**P.** Es fácil caer en el mal social?

**R.** Sí lo es, y tanto, que á veces un solo hombre puede envolver en los males mas funestos, no solo un pueblo ó una nacion, sino tambien al mundo entero.

**P.** Y cómo podrán evitarse estas terribles causas de males?

**R.** Con el establecimiento de instituciones Providenciales que hagan imposible al individuo el trastornar la sociedad, y que constituyan á esta como inaccesible á las pasiones tumultuosas y facticias del hombre individual.

**P.** Y será fácil semejante órden en la sociedad?

**R.** Nada mas fácil en la teoría, porque de facto, las pasiones individuales deberian enmudecer ante el criterio general, y porque siendo siempre mayor el número de los hombres dados al órden que el de los desordenados, parece que la sociedad deberia ser generalmente buena, y prestarse fácilmente á seguir el rumbo del bien. Pero desgraciadamente, en la práctica no es así, pues se hace tan difícil cualquiera reforma por buena que sea, que casi desespera el hombre de lograr las grandes mejoras sino con el lento transcurso de los siglos, á no ser que las revoluciones ó catástrofes sociales terminen por crisis saludables, lo que frecuentemente así sucede.

**P.** Pues qué, pensais que las revoluciones son en sí verdaderos bienes?

**R.** No, sino cuando son pacíficas, como lo es la debida espresion del progreso moral y social, pues cuando no son así ellas son males muy terribles, que suelen aparecer como el resultado necesario de los vicios sociales que se van convirtiendo con la prolongacion de los abusos en causas de revoluciones, siempre penosas, y muchas veces funestas al punto de llegar á sucumbir y perecer los pueblos envueltos indefinidamente en ellas.

**P.** Hay por ventura revoluciones debidas que no sean sangrientas ni desastrosas?

**R.** Sí las hay, y ellas son la espresion del verdadero progreso. En ellas el convencimiento general y la unidad de la opinion se hacen incontrastables, y enmudecen ante su imponente fuerza todas las retiscencias y todos los infames intereses. Así es como esas revoluciones son las que aparecen con el alto carácter Providencial, promulgando siempre mejoras sociales para la marcha del género humano hacia la perfeccion. Cuando tales revoluciones se inician en la humanidad, no necesitan de las armas ni de la coercion para triunfar; una idea, un principio basta á veces para dominarlo todo como la corriente limpia y tranquila del rio benefactor de la inteligencia. Ellas no cuestan guerras aunque suelen costar multitud de mártires, á los que rara vez economizan los hombres interesados en la continuacion de los abusos, y los que cierran sus ojos á la luz del progreso Providencial.

**P.** Triunfa siempre esta clase de revoluciones?

**R.** No, pues muy frecuentemente sucede que cuando se cree afirmado su triunfo se rehacen los males y los vicios, y vuelven los abusos á dominar el mundo; pero si bien esas reacciones retardan largo tiempo los avances del progreso social, jamas vuelven ellos á dominar la humanidad con la misma fuerza que ántes; y así las revoluciones Providenciales y luminosas de la verdad, hacen siempre conquistas preciosas de bienestar y de ciencia que forman la admirable gradería moral del humano progreso.

**P.** Creis que la humanidad seguirá siempre sujeta á esas luengas y penosas oscilaciones?

**R.** No, porque una vez conocidos en el mundo los fundamentos sociales bajo la religion Providencial, se tendrá una guía segura hácia el bien de la sociedad y hácia la felicidad individual.

**P.** Qué motivos retardan el bien social?

**R.** Las pasiones facticias.



P. Podéis decirme los efectos funestos de esas pasiones?

R. Sí, aunque lo haré muy suscintamente, porque de no ser así, resultaría su análisis una obra muy estensa.

P. Cuáles son los efectos del orgullo?

R. Esa funesta pasión es el gérmen de todos los vicios sociales, porque el orgullo como despreciador y repulsivo es el antítesis del amor. El orgulloso no ama á nadie, y si aparenta ó profesa alguna afección, ella está subalternada al desprecio de todo aquello que no se le humilla, ó por lo ménos contribuye á adularlo. El orgullo eternizado en los hombres, haría imposible una buena organización social, porque no solo es incompatible con esta, sino que se opone á ella con toda la ferocidad del que solo quiere inferiores y víctimas para tiranizarlas.

P. Pues qué, será invencible el orgullo?

R. No, y por el contrario, no hay pasión mas débil en sí misma, porque los orgullosos dejarían de serlo en el acto que la gran mayoría de la sociedad los redujese al simple límite de su aislado poder, y cesase de prestarles la fuerza que les da directamente el sosten de los demás hombres, é indirectamente el sufrimiento y tolerancia de los humildes.

P. Cómo debe obrar la sociedad para con el orgullo?

R. Condenándolo al desprecio, desaprobándolo incesantemente, predicando á la niñez las máximas sublimes del amor, de la libertad y de la igualdad Providencial, y reprimiendo suave pero constantemente desde la cuna á los que aparezcan dispuestos á esa funesta y detestable pasión.

P. Cuáles son los efectos de la ambición?

R. El hundir las sociedades humanas en perpétuas y encarnizadas guerras, impidiendo los beneficios de su misión Providencial, y prolongando los males y desastres de la tiranía. La ambición es la mas espantosa de las pasiones facticias; basta abrir el sangriento libro de la historia para sentirse uno sorprendido de esas luchas casi no interrumpidas, de esas carnicerías humanas que han hecho un lago de sangre cada punto habitable de la tierra, é impreso por todas partes las huellas terribles de ese monstruo á que damos el nombre de ambición. Él ha incendiado y reducido á escombros las ciudades mas populosas y magníficas; él ha devastado las mas rientes comarcas; él ha estrangulado las energías de los pueblos; él ha enmudecido á las mas poderosas inteligencias; él es, en fin, el antítesis de la Providencialidad. Bajo su espantoso influjo es imposible ser buenos, morigerados y virtuosos. El hálito pestilente de la ambición corrompe los hombres y los pueblos. La sed de mando es sinónima de la sed de sangre, y un solo hombre devorado por esta pasión abominable, suele costar millones de víctimas y rios de lágrimas.

P.Cuál es el poder intrínseco de la ambición?

R. El es omnipotente cuando se prestan los demás hombres como simples máquinas ó miserables instrumentos á los frenéticos caprichos de los ambiciosos; pero ese poder es nulo cuando la dignidad y Providencialidad de los pueblos cesa de prestarles un apoyo indigno, y los llama á cuentas ante el excelso tribunal de la justicia Providencial, donde tiemblan como míseros insectos los mas orgullosos y sanguinarios tiranos, y los que han hecho postrarse ante sus impías plantas las energías, los pueblos y las inteligencias. Es en verdad una lección terrible y á la par benéfica la historia de esos colosos de la maldad y de la tiranía, sostenidos por la cooperación servil de las naciones, caer desechos en polvo y ser pisoteados en el fango en un solo momento en que los pueblos quieren ser Providenciales, y cesan de ser ciegos instrumentos de los tiranos.

P.Cuál es la mayor calamidad en la ambición?

R. El que ella suele disfrazarse en el espíritu de los mismos ambiciosos, y en

el criterio de los pueblos, con los atavíos mentirosos del bien público y de la conveniencia legal y social; pues bajo esos deslumbrantes pretestos se aniquila la sabia social, se anonada la inteligencia, se ata el progreso civilizador, y se desconoce y proscribe la Providencialidad.

P. Habrá remedio, pues, contra la ambición?

R. Sí, y lo es la religión Providencial.

P. Cómo obrará ésta para desterrar la ambición de entre los hombres?

R. Enseñándolos á distinguir el verdadero bien físico, moral y social; haciéndolos cautos y prudentes para no dejarse seducir por deslumbrantes ilusiones ni por funestas arterías, y levantando el estandarte de la Providencialidad y la igualdad.

P. Pasará mucho tiempo antes de que llegue esa época feliz?

R. Ah! no es fácil preveerlo con seguridad; pero en verdad los días de la ambición están contados ya, porque las luces, la educación, y el poder general de las masas sociales sobre las resistencias individuales, comienzan á mostrar que la ambición es la peste social, y que los ambiciosos son los focos virulentos de esa funesta epidemia que contagia y gangrena desastrosamente la sociedad.

P. Qué pensáis de la influencia del orgullo y de la ambición en las formas gubernativas?

R. Que los gobiernos hereditarios están plagados mas profundamente del orgullo, y los electivos de la ambición, siendo ambos defectos á cual mas funestos.

P. Pues qué, habrá acaso un gobierno que no sea ni hereditario ni electivo, y que pueda quedar carente de las pasiones del orgullo y de la ambición?

R. Sí, el gobierno Providencial, del que os daré la debida idea oportunamente. En cuanto á las pasiones facticias, todas ellas deben desaparecer cuando cesen los males sociales que les dan origen.

P. Cuáles son los efectos de la avaricia?

R. Emponzoñar y destruir los elementos de riqueza y de felicidad social é individual.

P. Qué cosa es la avaricia?

R. Es el amor desenfrenado del hombre por la riqueza, con detrimento de los demás y del orden social.

P. En cuántos grados dividís esta pasión?

R. En seis. El primero, es cuando el hombre, adquiriendo legalmente la riqueza, oculta y aparta ésta del giro benefactor de las transacciones, y promueve por este vil capricho la miseria pública. El segundo es la usura con que el individuo abusa de sus semejantes, tiraniza y promueve su miseria, y vive ociosa y criminalmente á costa del sudor y excesivo trabajo de sus víctimas. El tercero la costumbre del juego, con la cual se lanza el jugador á la ociosidad, los vicios y los crímenes. El cuarto es el robo por medio de la astucia, con cuya criminal arteria el hombre priva á sus semejantes de lo que poseen. El quinto es el robo por medio de la violencia, aumentando el crimen que comete contra la propiedad con el que comete contra las personas ó vidas que agravia. El sexto es el robo ó prevaricato ejercido por jueces y funcionarios públicos, defraudando la justicia ó abusando de los caudales que la nación les confiere.

P. Hay una graduación de criminalidad en todos estos escalones de la avaricia?

R. Sí, y por eso los he incluido como simples variedades de esa pasión funestísima, pues siendo ella el resultado del amor desenfrenado de la riqueza, de su manera viciosa de emplearla, y del aborrecimiento criminal hácia la virtud y el trabajo, (únicos medios Providenciales de adquisición) el hombre, al lanzarse á aquella pasión espantosamente facticia, no sabe si puede detenerse en ningún punto



de su inícuca gradería; pero cuando se posee de ella es insaciable, y se hace insensible á los terribles males que siembra en torno de sí, rodeándose de víctimas como una bestia feroz y carnícera.

P. Es posible destruir en el hombre ó nulificar en la sociedad la pasión funesta de la avaricia?

R. Sí, es muy posible, pero sumamente difícil. La avaricia es la hidra de mil cabezas, que se disfraza con ropages los mas sagaces y variados, y que penetra en todas partes con la sutileza mas consumada. La avaricia es muy fácil de destruirse en los últimos grados de criminalidad; pero se hace sumamente resistente en las primeras graderías. Así es que aun en las actuales sociedades, cuando ellas son suficientemente civilizadas, van desapareciendo los grados sexto, quinto y cuarto: el tercero se halla muy disminuido; el segundo es menos funesto; pero el primero se atrinchera en la fortaleza fundamental de las actuales instituciones. Así es como unos cuantos hombres, invocando los principios rudimentales de la propiedad, y apoyándose en los preceptos de una ciencia naciente y contrahecha, y protegiéndose entre sí con una inveterada tenacidad, disfrutan del ocio y de la abundancia, mientras que la generalidad de los hombres gime en la escasez y se fatiga de un incosante trabajo, que apenas basta para producirles el sustento mas ruin, mezclado de lágrimas, y devorado entre el desprecio y la mofa de los que se aprovechan de sus infortunios y desgracia.

P. Creéis que la humanidad esté siempre condenada á ese funesto desnivel, y que la gran mayoría sufra todo el peso de la miseria y la ignorancia, mientras la minoría goce del bienestar, la riqueza y la educacion?

R. No lo creo así, y por el contrario, estoy persuadido de que conociéndose en el mundo los principios Providenciales, los hombres todos se dirigirán por ellos con mas ó menos presteza, pero con pasos firmes y seguros, hácia la felicidad social, sin que para esto sea necesario despojar á nadie de sus bienes ni atacar el derecho de propiedad ó la libertad individual, como vereis oportunamente.

P. Qué cosa es la envidia?

R. Es el odio que despierta en el hombre su inferioridad con respecto al que cree que es indignamente su superior.

P. Por qué calificais esta pasión de facticia?

R. Porque ella es resultado del desnivel social, y del orgullo y desprecio con que los superiores tratan casi siempre á los inferiores ó á los desgraciados.

P. Pues qué, el deseo de semejarse al mejor y mas digno no es en sí mismo un defecto?

R. No, pues estos sentimientos, libres de encono y de antipatía, son los nobles estímulos que impulsan al hombre hácia el progreso y la felicidad.

P. Cuáles son los efectos de la envidia?

R. El hacer mas profundo y funesto el desnivel de las clases sociales, levantándose en medio de ellas como una barrera terrible, el desprecio de una parte y el odio de la otra.

P. Desaparecerá la envidia de entre los hombres?

R. Sí, cuando el superior sea Providencial para con el desgraciado.

P. Qué cosa es la ira?

R. Es el deseo ó el hecho de dañar. Por consecuencia, la ira es una pasión absolutamente opuesta á la Providencialidad.

P. Tiene la ira varios grados de criminalidad?

R. Sí, en el primero desea el hombre simplemente el mal ageno; en el segundo lo procura; en el tercero lo ejecuta; en el cuarto se arroja á los crímenes y venganzas mas funestas; pero en el quinto grado el hombre se convierte en el mas feroz y

brutal de los animales, premeditando y ejerciendo toda clase de destruccion, crueldades y excesos, y prolongando, con un gozo salvaje, los tormentos ó agonía de sus víctimas. En verdad que un solo hombre iracundo, apoyado en las funestas circunstancias de nuestras actuales sociedades, suele diseminar en torno de sí el terror y el espanto por naciones enteras, derramando torrentes de sangre, devastando los campos é incendiando las ciudades. Un solo momento de ira en el poderoso suele costar á la humanidad millares de víctimas y luengos años de miseria, de llanto y de reparacion de los males ejecutados.

P. Sufre el iracundo en sí mismo los fatales efectos de su pasión funesta?

R. Sí, él es odiado, él es perseguido abierta ó simuladamente como una fiera rabiosa, y frecuentemente es á su turno víctima de la venganza. Pero aun hay mas, la ira se convierte en el hombre en una verdadera y funesta enfermedad que le quita el gusto, que le priva del sueño, y que le rodea de imágenes espantosas. El hombre poseido de un arrebato de ira, muere repentinamente, matado por su propia cólera y como herido de un rayo. Otras veces su muerte es lenta, pero mucho mas llena de sufrimientos, y finalmente, sucede á menudo que el carácter colérico del iracundo, le ocasiona un estado normal de enfermedad y de demencia; ademas, del mal moral que le hunde en la desesperacion y los remordimientos.

P. Podrá desterrarse algun dia la funesta pasión de la ira de entre los hombres?

R. Sí, se podrá, combatiéndola en el hombre individual desde la cuna por medios adecuados y suaves, pero constantes y justos; y por la educacion intelectual que dulcifiquen las propensiones del hombre, y eviten el desarrollo é ímpetus de esa pésima pasión. De la misma manera la Providencialidad y la buena organizacion social, impedirán que la ira del individuo pueda dañar los pueblos y las instituciones.

P. Hay acaso una pasión por la guerra?

R. Sí, por desgracia de la humanidad hay frecuentemente hombres tan depravados, que sienten placer en las escenas de desolacion, de llanto y de matanza que presenta el acto feroz y salvaje de la guerra; hay hombres sanguinarios que sienten el mayor deleite en la carnicería de las batallas; hay hombres en fin, aunque parece increíble, que procuran la guerra y la llevan al cabo con una ferocidad inaudita por solo lucir su arte detestable de destruir, y su funesta destreza en hacer mal y cometer crímenes sin cuento.

P. Se aduna á la pasión de la guerra otra igualmente facticia y funesta?

R. Sí, y lo es la del honor militar. Por este se considera el hombre vendido en cuerpo y alma, y que debe obrar como una simple máquina despreciando su propia vida, y aun cuando se le manda cometer el crimen ó sacrificar los seres que le son mas queridos. Así es como la pasión de la guerra, ya como directora, y ya como ejecutora, es el sinónimo de la barbarie, y la sociedad no será perfecta hasta que imposibilite las agresiones y luchas funestas, y destierre las guerras de entre los hombres.

P. A qué llamais honor duelista?

R. A la constumbre bárbara y funesta de decidirse á muerte por medio de las armas las disputas y querellas de los individuos. En estos actos de atrocidad, agrega el hombre al crimen la brutalidad de la forma, y casi siempre la nimiedad de los pretextos, hollando los derechos y atribuciones de la justicia social. Afortunadamente la absurdidad y criminalidad de los duelos va haciendo que estos sean muy raros, y vendrá un tiempo en que parezca increíble el que haya habido en el mundo semejante pasión funesta.

P. Creis indebida y perniciosa la pasión de la venganza?

R. Si creo que lo es en el mas alto grado. La venganza reasume en sí sola las